

Qué reacción magnífica, llena de amor y de decisión

Meditación, 11 de abril de 1967

Al amanecer, Jesús estaba en la orilla, aunque los discípulos no sabían que era él. Jesús les dijo: "Muchachos, ¿tienen algo para comer?". Ellos respondieron: "No". Él les dijo: "Tiren la red a la derecha de la barca y encontrarán". Ellos la tiraron y se llenó tanto de peces que no podían arrastrarla. El discípulo al que Jesús amaba dijo a Pedro: "¡Es el Señor!". Cuando Simón Pedro oyó que era el Señor, se ciñó la túnica, que era lo único que llevaba puesto, y se tiró al agua. Los otros discípulos fueron en la barca, arrastrando la red con los peces, porque estaban sólo a unos cien metros de la orilla. Al bajar a tierra vieron que había fuego preparado, un pescado sobre las brasas y pan. Jesús les dijo: "Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar". Simón Pedro subió a la barca y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: eran ciento cincuenta y tres y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió. Jesús les dijo: "Vengan a comer". Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: "¿Quién eres?", porque sabían que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio, e hizo lo mismo con el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús resucitado se apareció a sus discípulos.¹

¹ Jn 21, 4-14

Digámosle a Jesús que queremos tener muy presente su palabra, que le pedimos –como a los discípulos de Emaús al contacto con su presencia– que aunque no lo advirtamos cabalmente, nuestro corazón se encienda de amor a Él y de sentimientos buenos respecto del prójimo, como los discípulos que se muestran caritativos y solícitos respecto de ese viajero desconocido que, en realidad, es el mismo Señor resucitado.

Digámosle a Jesús nuestra alegría por tener esta perspectiva de un rato de oración, es decir, de conversación con Él, para recibir su luz, su calor, su fortaleza.

Digámosle al Señor que lo queremos, no obstante nuestra imperfección y el desmentido que tantas veces significan nuestras obras; que con su ayuda lo queremos querer más y ser sus discípulos para siempre y en todo momento, con generosidad, con fidelidad y lealtad nunca contrariadas, con total sinceridad, con absoluta rectitud.

Digámosle a Jesús nuestro pedido de que nos hable un rato; Él sabe cuánto necesitamos de su compañía, de su ilustración a nuestra inteligencia y de su moción a nuestra voluntad. Pidámosle que a propósito de este texto de san Juan nos hable, toque nuestro interior y asumamos sus pensamientos, sus afectos, sus deseos, acaso sus resoluciones.

Jesús se apareció otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades².

Ciertamente, Jesús, cada una de tus apariciones produ-

² Jn 21, 1

ce una gran alegría a los discípulos. No sólo la primera, aquélla por la cual se cercioran de tu Resurrección y de tu poder para vencer la muerte, de tu fidelidad a la promesa y a la palabra empeñada y, en consecuencia, de la verdad de todo lo que habías hecho y enseñado.

Con tu Resurrección se afirma en ellos la convicción de que eres Dios, de que viniste a reconciliarnos con el Padre, a liberarnos del pecado y a reparar por él; que viniste a darnos la vida divina, a hacernos hijos del Padre, tus hermanos, tus coherederos del cielo, a hacernos miembros de tu Cuerpo Místico, hermanos entre nosotros; a darnos tu Madre como nuestra; a dejar a Pedro como jefe de la Iglesia y a los apóstoles como tus enviados para extender y perpetuar la Iglesia a través del tiempo y en todo el mundo.

Pero también crecen en la esperanza y en la confianza. Esperanza basada en el poder y en la fidelidad de tu Padre y tuya. Dios Padre cumple con amor la promesa empeñada respecto de tu Resurrección; en consecuencia, cumplirá todas las promesas respecto de los hombres. Tu aparición confirma a los discípulos en su esperanza, de un modo extraordinario.

Ahora tienen un fundamento más fuerte para amarte, porque con tu muerte tremenda les diste la mayor prueba de amor: *dar la vida por los amigos*³. Ya resucitado les muestras las heridas —lo haces explícitamente con Tomás—, heridas que son como trofeos y prueba de tu muerte y de tu inmenso amor.

³ Jn 15, 13

Con el testimonio de resucitado muestras que eres Dios y que moriste real y libremente por cada hombre. Un testimonio necesario porque si no hubieras resucitado no serías Dios y no habrías entregado tu vida voluntaria y soberanamente por amor, con infinita libertad.

¡Cuánta alegría al verte en la primera aparición! Y cuánta alegría en las que siguieron. En cada una se renueva todo el argumento en favor de la fe, de la esperanza y del amor; pero, además, aún temerosos de los judíos y de que pudiera ocurrirles algo parecido a lo tuyo, temerosos de su soledad, sin embargo, en ella los llenas de compañía y de fuerza; los llenas de amor y gozan y se alimentan profundamente con tu cercanía en esos momentos inefables; no son momentos abundantes en palabras, que en estos casos muchas veces sobran.

Es muy linda, Jesús, esta aparición en el lago de Genesaret, linda en sus muchos significados profundos y en todos sus detalles: los apóstoles vuelven a las tareas cotidianas ante las necesidades de la vida. Los encontramos antes de recibir la confirmación del mandato de marchar por el mundo y antes de recibir la fortaleza del Espíritu Santo. Los reúne un clima de paz que los rodea y los envuelve; los reúne la hermandad, el recogimiento, pero también el temor.

Apareces ante ellos en un momento de mal humor porque en toda la noche no pescaron nada y, no obstante eso, el corazón de Juan —el predilecto, el que más te amaba, el más puro y generoso, el virgen— enseguida te

adivina apenas la pesca abundante le habla de un hecho prodigioso, distinto de lo esperado: *Es el Señor*⁴. Con qué entusiasmo, recatado pero firme, habrá dicho estas palabras el apóstol predilecto.

Y con qué reacción magnífica, llena de amor y de decisión, Pedro se echó al agua sin soportar unos minutos más de espera para llegar a tu presencia, Jesús, y quedarse como un pequeño perro fiel junto a ti, quizá sin decirte nada pero mirándote con ojos implorantes, y tal vez sólo con los ojos del alma.

Luego le preguntas a Pedro si te ama. Él tiene muy presente su triple negación, su soberbia, su jactancia, su imprudencia de otrora; ahora no osa fiarse de sí mismo y menos creerse superior a los demás. Cuando le preguntas por su amor, te responde con una modestia ejemplar, con un ardor contenido precisamente por esa modestia, por esa humildad nueva en él.

Y llegan los demás. Todos, como Pedro, están pendientes de cualquier palabra tuya, de cada uno de tus gestos, devorándote con la mirada, sobre todo con la mirada del alma, alimentando su amor en un contacto muy íntimo contigo. Cuánta fortaleza y antes cuánta luz y cuánto calor le diste a cada uno en esta aparición. Qué exquisito gesto el de esperarlos con el alimento preparado, para que comieran enseguida, hambrientos como seguramente estaban. Los vas a alimentar y a fortalecer en el alma y en el cuerpo. Vas a ser el Padre, el Amigo

⁴ Jn 21, 7

entrañablemente bueno de siempre, sólo que ahora, aleccionados por lo ocurrido, ellos son menos superficiales y tienen mayor capacidad de comprensión, de valoración, de amor, de reacción ante lo que les enseñas con tu presencia, tus gestos y tus palabras.

Qué lindo, Jesús, si permanentemente encuentras en nosotros una mente, un corazón, una voluntad, una psicología, una actitud parecida a la de Juan y a la de Pedro en esta aparición en el lago de Genesaret. Cómo nos vas a alimentar con tu luz, tu calor y tu fuerza. Cómo nos vas a acompañar siempre. Cómo vamos a poder hacer todo apoyados en ti.